

*Cuento ganador del XXXV
Premio Nacional de cuento Franz
Tamayo*



El Germán Beltrán

Por Álvaro Pérez

Al Germán Beltrán siempre le habían gustado las antigüedades y los sapos de plomo pintados con diamantina, y le gustaba el trago y le gustaba el cigarro. Pero lo raro era que también le gustaban las matemáticas y pasaba horas con sus tablas de conversión de logaritmos y sus transportadores. Vivía en un edificio que no tenía muchos cuartos y tampoco mucha gente, pero que sí tenía duendes, tapados, sombras, apariciones y que estaba en la avenida Quintanilla Zuazo. En uno de esos viejos edificios de adobe que, desde que se erigen, dan la impresión de estar por desplomarse. Vivía en el segundo piso y tenía un dormitorio para dormir y un estudio para estudiar, amén de un pequeño baño que compartía con otros tres inquilinos. Había llegado de Sucre hacía tres años para estudiar, y estudiaba arquitectura.

Era lo que se dice una persona normal, porque salía a la calle y a veces usaba un gabán, una chalina y otras veces unas orejeras, además porque se compraba pan y se compraba azúcar, y la gente lo veía y decía: el Germán Beltrán es lo que se dice una persona normal porque se viste normal y se compra normal. Pero también era extraño, porque siempre estaba solo, saludaba a la rápida, como sin ganas, y mascullaba al caminar; apenas hablaba y cuando lo hacía usaba un tono casi lírico, como la gente del siglo pasado, y la gente lo veía y decía: pero también es extraño porque siempre está solo y tiene un comportamiento por demás particular, además cuando habla parece del siglo pasado. Como casi nadie le hablaba, todo el mundo se dedicaba a hablar de él. Y

decían cada cosa. Así pues le inventaban amores, dolores, enfermedades, trastornos, estigmas, filias y genealogías absurdas.

Se imaginaba y sospechaba todo del Germán Beltrán, pero nadie se imaginaba ni sospechaba que entre el misterio que subyacía a tan singular personaje, se ocultaba una peculiaridad que nadie más que él y don Atanasio Luque conocían, y tal era que el Germán Beltrán guardaba un monstruo en su estudio. El monstruo tenía dos orejas, dos ojos, una nariz, una boca, cabello y hasta hablaba con propiedad, pero no por eso dejaba de ser un monstruo. Estaba oculto debajo de la mesa que le servía de escritorio y sólo por las noches se paraba, se estiraba, se sacaba los pecados de las manos, de los pies, de los codos y las rodillas y miraba a todas partes, se rascaba el cuello y hacía polichinelas. En resumidas cuentas el monstruo era casi idéntico a una persona normal y casi idéntico al Germán Beltrán, pero no por eso dejaba de ser un monstruo. A veces agarraba un libro y se ponía a leer y a veces sólo se quedaba mirando el techo, como esperando algo, como haciendo tiempo. No hacía bulla, no molestaba y comía muy poco. Era pues un monstruo ejemplar, pero no por eso dejaba de ser un monstruo.

Una tarde al Germán Beltrán se le ocurrió salir de paseo a la avenida Periférica a modo de comprarse la cena y a modo de contemplar la ciudad. Se puso su gabán de género, su chalina de alpaca, sus orejeras de cuero de chinchilla y se fue caminando. Bajó por la avenida República, por la Estación de Trenes y llegó a la Terminal de Buses. Subió recto por la calle Larecaja y llegó agotado a la avenida Periférica, justo sobre Vino Tinto. Desde esa posición se veía sólo la zona Norte de la ciudad ya desdibujada por la cerrazón, y ante tal contrariedad, no pudo más que suspirar desilusionado. Exhaló con fuerza, metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar sin rumbo fijo. Caminó durante largo rato y llegó quién sabe cómo hasta un barranco sobre el río Orko Jahuira, que por esas horas producía un rumor por demás fascinante. Como no podía ser de otro

modo, el río lo atrajo a cencerros tapados, como atraen los ríos, y se metió por entre las piedras, las cuevas, la maraña y los lodazales, y llegó hecho una mugre. Notó que sobre sus márgenes un hombre pequeño y mofletudo se movía sin descanso, se agachaba y enderezaba una y otra vez agitando una paila de metal, llenando, revolviendo y vaciando agua, andando a cien ojos, y cualquiera hubiera dicho que buscaba oro, pero no buscaba oro.

- En el Orko Jahuirá hay las mejores piedras y yo busco piedras redondas para mi molino de piedra – dijo y siguió buscando.

- Yo tengo un molino de piedra que me sirve para moler piedra caliza – continuó como hablando solo – las piedras muelen piedra caliza, sólo sirven para moler piedra caliza. Los que usan piedras para adoquinar calles, para levantar muros o para moler ají no saben nada de las piedras. Lo que yo muelo es piedra caliza y eso vendo a la cementera de don Dimas Loayza, que es camino a Chonchocoro. Don Dimas Loayza me paga dos pesos por bolsa. Con eso me compro chuño y como con sal, luego me compro cigarros y fumo. No tomo trago y nunca me compro, porque el trago es mucha cosa, es lo mejor del mundo, y yo sólo soy moledor de piedra caliza y no me merezco.

Ahí se desató un tocuyo que llevaba amarrado a la cintura, lo desenvolvió y sacó tres chuños y un paquete de cigarros de su interior. Se sentó sobre el suelo con las piernas cruzadas y empezó a comer, luego encendió un cigarro y empezó a fumar. Y miraba con atención y prestaba oídos al río mientras fumaba. Luego volvió a hablar y dijo:

- La piedra caliza es una piedra extraña y yo creo que no es tan piedra porque no parece piedra. Es lisa por fuera y porosa por dentro, pero no parece piedra. Es pesada, dura y cuando se parte revienta y salta, pero no parece piedra. Es idéntica a la piedra, pero no parece piedra. Lo que pasa es que la piedra caliza es más frágil que la piedra, es quebradiza e inconsistente y por eso la

piedra puede moler a la piedra caliza, pero la piedra caliza no puede moler a la piedra. La piedra caliza puede parecerse lo que uno quiera a la piedra, pero no por eso deja de ser sólo piedra caliza. Yo busco piedras pequeñas y redondas en el Orko Jahuira, luego me voy a Viacha donde tengo mi yacimiento y busco piedras calizas pequeñas y redondas y eso llevo a mi molino de piedra que está en Chuquiaguillo. Luego las junto y muelo. La piedra sólo existe para moler a la piedra caliza y su necesidad de cumplir tal tarea es imperiosa. Yo ayudo a la piedra a moler a la piedra caliza y ese es mi trabajo, esa es mi vida. Por eso sólo como chuño con sal y fumo cigarros y no bebo, porque el trago es mucha cosa, es lo mejor del mundo, y yo sólo soy moedor de piedra caliza y no me merezco.

Luego adoptó una pose lúgubre, recogió sus cosas y se dirigió hacia el Germán Beltrán. Lo miró de pies a cabeza, con cierto desdén, y le dijo en un tirón:

- La próxima semana son las alasitas, tienes que ir a las alasitas y te tienes que comprar un Ekeko – y se fue caminando río abajo.

Esa noche el Germán Beltrán regresó a su casa como preocupado, como asustado, y se compró chunchulas para cenar. Comió a la rápida y las sobras las metió en una bolsa y se las llevó a su monstruo, que ya por esas horas estaba sentado en una esquina del estudio, despierto y leyendo *El Diablo de las Matemáticas*, de Ivan Kiev. El monstruo lo saludó cordialmente y agradeció al recibir la bolsa con sobras, como siempre hacía. Pero el Germán Beltrán no hizo como siempre hacía. Esa noche su monstruo le inspiró cierta antipatía, que en menos de lo que se tarda en contar se convirtió en una repugnancia casi incontenible y le dieron unas ganas tremendas de aplastarlo como a un insecto. Movié la cabeza y cerró la puerta con llave y con cuña.

A la mañana siguiente se fue directamente a la casa de don Atanasio Luque, dueño de la taberna La Pinche Pancha, para contarle lo acontecido en la víspera y para pedirle consejo. Pero

antes de salir entreabrió la puerta del estudio y vio a su monstruo debajo de la mesa que le servía de escritorio. El monstruo escuchó el ruido, volteó lentamente y saludó con la mano.

Era una situación particular, desde el principio su monstruo le había sido algo así como una mascota, o más bien como una sombra, una suerte de responsabilidad de la que no podía escapar, pero que a la vez no le producía el más mínimo interés. En resumidas cuentas, más allá de alimentarlo y muy de vez en cuando obsequiarle un par de palabras, era como si no existiera y no experimentaba ningún tipo de sentimiento hacia él: su existencia le importaba un rábano. Pero ahora, o mejor dicho, desde su encuentro con el moledor de piedra caliza, todo había cambiado. El monstruo ya no era sólo una sombra, ya no era sólo una mascota, era otra cosa; una cosa que le daba asco, que lo perturbaba y que quería pulverizar. Quién sabe qué clase de cosa, pero otra cosa.

Don Atanasio Luque era un ser extraño y todo lo que se relacionaba con él lo era del mismo modo. Pero lo más raro era el origen de sus fabulosas capacidades. Parecía conocer toda la ciencia conocida y aplicar toda la técnica aplicable. Así dominaba la química y la repostería como la filosofía y la lucha libre, pero todo esto, en rigor de verdad, le iba y le venía, pues lo único que le interesaba era el trago, el trago y las matemáticas. Sabía de todo como el que más y jamás había estudiado nada. Nunca se lo había encontrado con un libro y es más, en la vida se lo había visto fuera de La Pinche Pancha. Se conocía con el Germán Beltrán desde hacía casi dos años y hasta se podría decir que le tenía una especie de afecto y esto era porque a él también le interesaban las matemáticas, las matemáticas y el trago.

Cuando el Germán Beltrán llegó, se sentó y pidió una botella de anisado y dos vasos. Luego preguntó por don Atanasio Luque y le mandó un mensaje, y cuando le llevaron la botella y los vasos sirvió ambos y se puso a esperar. Pero don Atanasio Luque no se hizo esperar demasiado y

no bien llegó vació el primer vaso de un trago. El Germán Beltrán hizo lo mismo y conversaron un corto instante de cálculo diferencial y de la insolubilidad del temporal límite infinito beta, pero de un momento a otro cambió de tema y fue a lo que había ido.

- Me disculpará usted don Atanasio, pero ahora no quisiera hablar de cálculo diferencial y tampoco ahondar en la insolubilidad del temporal límite infinito beta, y no es que dichos temas no me apasionen, no, usted ya sabe. Lo que pasa es que hoy me trae una preocupación quizás un tanto banal, se diría fútil, y es la siguiente: como bien sabrá desde que puedo recordar tengo un monstruo que vive conmigo. Que parece gente, pero que no es gente. Que se ocultaba bajo mi cama cuando era niño y que ahora vive en mi estudio y se oculta bajo la mesa que me sirve de escritorio. Que le gustaban los juguetes y que ahora le gusta leer libros. Que hasta se podría decir que es un monstruo ejemplar, porque no molesta, come poco y rara vez se hace notar.

Diciendo esto se detuvo un momento y sirvió ambos vasos con anisado. Vacío el suyo y don Atanasio Luque, con cara de indiferencia, hizo lo mismo.

- Antes la cosa era normal y yo no me hacía mayor lío – continuó – pero desde anoche siento aversión hacia mi monstruo y es que pasó algo por demás particular y ahora bien podría afirmar que me saca de mis casillas y me mortifica. Tal suceso principió con un paseo por la avenida Periférica y terminó con la sugerencia de un moedor de piedra caliza que, a orillas del Orko Jahuira, buscaba piedras para su molino de piedra.

Pero no bien hubo terminado de decir moedor de piedra caliza, don Atanasio Luque cambió de cara y se puso a la más de atento y replicó en un periquete:

- Ahora entiendo tu turbación. La piedra caliza no es cualquier cosa. Yo pienso que la piedra sólo es piedra en tanto es semejante a la piedra caliza, ni más ni menos. Si la piedra caliza no

existiera bien podría ser un paradigma, algo así como el arquetipo de la piedra, la piedra ideal, lo que se diría la verdad de la piedra. Pero mal que bien existe y es imposible dejar tal hecho de lado. Si tu incidente tuvo que ver con la piedra caliza entiendo, no debe ser cualquier cosa, no cualquiera se topa con algo así. No cualquiera se topa con la piedra caliza y menos aún con el moedor de piedra caliza. La piedra caliza es templada y no molesta, no se hace notar. Se queda quieta, como esperando algo, como haciendo tiempo. Pero la piedra se mueve con los ríos, rueda las montañas y no soporta cuando se encuentra con la piedra caliza. Cuando la piedra se encuentra con la piedra caliza siente necesidad de aplastarla, de reducirla al silencio y ahí es donde entra el moedor de piedra caliza. El moedor de piedra caliza no es un hombre, y no es un moedor, es simplemente una extensión de la piedra y sólo representa la ignominia de la piedra, pues dedica su vida a la destrucción del arquetipo, a la destrucción de la verdad: a la destrucción de la piedra. Y eso es grave, eso es odio, eso es muerte. Encontrarse con el moedor de piedra caliza es encontrarse con la muerte. Entiendo tu preocupación y la comparto, pero ahora sígueme contando, que te escucho con atención.

Después de escuchar esto el Germán Beltrán se quedó con la boca abierta, encrespado. Sabía que su situación era delicada, pero no sospechaba que estuviera relacionada con la muerte y si antes estaba preocupado, ahora bien se podría decir que tenía el corazón en el puño. Supo pues que algo terrible estaba pasando y que estaba metido en reverendo problema. Así que le contó a don Atanasio Luque lo acontecido con el moedor de piedra caliza y con su monstruo, intentado no omitir ningún detalle.

Don Atanasio Luque escuchó tal con los ojos bien abiertos y asintiendo con la cabeza de rato en rato. Cerrando los ojos a cada pausa, como meditando, como reflexionando y moviendo los dedos de las manos con zozobra. En realidad le parecía que el suceso era interesante en suma y

por demás complejo, digno de ser analizado mediante un procedimiento matemático, así que lo descompuso detalle por detalle, variable por variable, y con eso armó en su cabeza una ecuación francamente imposible. Luego pidió papel y lápiz y empezó a resolverla. Y se frotaba la cara y se despeinaba los cabellos, y cómo serían de enrevesados sus razonamientos que le llevó seis horas, cuarenta hojas y casi siete botellas de anisado terminar. Y al hacerlo estuvo tan ebrio de trago y de matemáticas que apenas pudo articular palabra y haciendo un esfuerzo sobrehumano dijo:

- Tu problema es con tu monstruo, pero no es tu monstruo. Es lo mismo que tu monstruo y sólo existe porque existe tu monstruo, pero no es tu monstruo, aquí sale clarito, no hay dónde perderse. Pero como es ecuación y es equilibrio tú y tu monstruo salen como la misma cosa, aunque no sean la misma cosa, aquí sale clarito, no hay dónde perderse – y se resbaló de la silla y se cayó al piso. Luego se levantó a duras penas, se sacudió la cabeza y resoplando continuó.

- No hay de otra, la próxima semana son las alasitas, tienes que ir a las alasitas y te tienes que comprar un Ekeko – y se cayó dormido de puro borracho.

El Germán Beltrán se quedó estupefacto y miró las hojas desparramadas sobre la mesa. Sin saber qué hacer permaneció así por un rato, después se paró y se fue caminando y pensando, con un miedo de la gran siete.

En tal estado de desaliento llegó a su casa y notó alguna cosa extraña y no le dieron ganas de entrar. Se sintió como sobrecogido, como indispuerto, más bien como asqueado, y empezó a sospechar algo que no sabía qué. Subió las gradas, llegó a su piso y abrió la puerta con su llave. Entró y el ambiente le pareció más pesado que de costumbre, más denso, y no pudo respirar. Tampoco pudo mirar la puerta de su estudio o, mejor dicho, no pudo sostener la mirada por la náusea que ésta le provocaba, pues toda ella parecía como cubierta por una especie de musgo casi

negro que no era sino una mancha inexplicable, como viva, como animal. Con una perturbación por demás anormal se metió dentro su cama y se tapó lo más que pudo.

Así pasaron los días y su situación, lejos de mejorar, se hizo cada vez más insostenible. Para el colmo, esa mancha inexplicable siguió extendiéndose por cada rincón del cuarto y el Germán Beltrán se sentía inerme ante tal hecho, ante tal malaventura. Su sola presencia incrementaba su asco y desesperación.

De a poco arrastró su desvencijada cama, hasta dejarla en el ángulo más retirado del cuarto. La afirmó lo más que pudo contra las paredes, pero ni así se sintió a salvo. Su vida se fue pues convirtiendo en un abismo, en un infierno, y sólo le quedó aguantar tales penurias con una impavidez casi castrense.

En medio de tan sombría situación y tras un período de tiempo que se le figuró repugnante y aterrador llegaron las alasitas y el Germán Beltrán sintió un cierto alivio. Se colgó su morral de cuero y salió con la esperanza de poner fin a su desgracia.

No era la primera vez que iba a la feria ni mucho menos. Cada año iba y se compraba sapos de plomo pintados con diamantina, reglas diminutas, tablas de logaritmos en las que ni siquiera se podían leer los números, billetes y alcancías de estuco. Se tomaba medio balde de chicha y fumaba como mono caporal. Alguna vez se le había ocurrido comprarse un Ekeko, pero era creencia familiar que si bien el Ekeko era pura formalidad y puro respeto, también era medio farsante y medio fulero; que lo mismo obsequiaba fortunas extraordinarias en un dos por tres, que las sonsacaba después en un tres por dos, y a uno lo podía dejar de la noche a la mañana con una mano adelante y otra atrás y, para colmo, salado como culo de mar. Estaba pues consciente de que el Ekeko no era chiste. Ya en las alasitas casi que se olvidó del Ekeko y se antojó api con pastel. Se sentó en una banca y comió mirando la multitud.

A eso de la diez de la mañana se acordó de su cometido y se le ocurrió que la hora propicia para cumplirlo sería el medio día. Como le quedaban casi dos horas fue al sector de tragos y amarguras y se compró medio balde de chicha a modo de hacer hora. Pero tal fue su complacencia que luego se compró otro, otro y luego otros y al final perdió la cuenta.

De repente notó que anochecía, que la feria estaba casi vacía y que casi todas las tiendas estaban cerradas. Se acordó del Ekeko y le dio miedo. Subió, bajo, se tropezó y se cayó, pero no encontró nada. Le entró un pánico tal que se puso a llorar, a temblar y a reír de pura desesperación. No sabía que hacer y corría sin rumbo, como no podía ser de otro modo se tropezaba y terminaba en el piso, y terminó tan magullado que apenas y se lo podía reconocer. Así llegó hasta la plaza del Monolito, se sentó en una banca y decidió descansar un rato y esperar hasta que se le pase el mareo. Tras un largo rato, un poco más sobrio, se le ocurrió ir a La Pinche Pancha para esperar el alba y para olvidarse del funesto día.

Caminó la ciudad como alma en pena, y se sintió vencido por la situación. Le pareció absurdo no haber podido hacer algo tan simple y le dio rabia, y le dieron ganas de llorar. Así llegó a la Estación de Trenes y se sentó en una acera para recuperar el aliento. Se acomodó lo mejor que pudo y se rascó el codo.

Fue entonces que sintió esa especie de frío, esa especie de náusea tan similar a la que le provocaba la presencia de su monstruo, y le entró un nuevo arranque de pánico. Respiró profundamente y notó que esa otra era un tanto distinta, pues tenía algo de humana y se sintió observado. Miró a izquierda y derecha y nada. Miro arriba y abajo y nada. Luego miró atrás y adelante y ahí estaba, justo en frente de él: una piedra negra que más parecía metal, de no más de veinte centímetros de alto, lo miraba con ojos de piedra y mirada de piedra. El Germán Beltrán se inclinó lo más que pudo y fue capaz de notar sus ojos, su nariz y su bigote de piedra. Luego se

acercó un poco más y pudo ver sus brazos y sus piernas de piedra. Pudo ver sus pies calzados con abarcas de piedra y su oronda panza de piedra. Se restregó los ojos y le dieron ganas de agarrarse la cabeza. Aquella extraña cosa que lo miraba no era sino una piedra negra que más parecía metal, o viceversa, en forma de Ekeko, o viceversa.

Se miraron largo rato y el Germán Beltrán esperaba una palabra, una seña tal vez, pero nada pasaba, ni siquiera la noche pasaba. Al final se armó del valor necesario para levantarlo, lo levantó y cosa extraña que no ocurrió evento sobrenatural. Por otra parte, el Ekeko estaba a la más de frío, y con esto bien se podría decir que más parecía metal que piedra; pero tampoco era tan pesado, y con esto bien se podría decir que más parecía piedra que metal. Tal embrollo relacional lo despistó sobremanera y no pudo hacer otra cosa que rascarse la nuca. Luego lo acercó a su rostro y aspiró levemente. Cerró los ojos para concentrarse y no percibió olor a piedra, después volvió a aspirar y tampoco percibió olor a metal, es más, no percibió olor a nada. Sopesó la situación un corto instante y llegó a la conclusión de que, que el Ekeko sea de piedra o de metal, no importaba en grado alguno, sea lo que sea era Ekeko, y eso era lo único importante y, si bien no lo había comprado, tal insignificancia no alteraba el hecho. Así que lo guardó en su morral y silbando se fue a La Pinche Pancha.

Don Atanasio Luque lo recibió con una botella de anisado, congratuló a su amigo por haber cumplido el cometido y lo invitó a emborracharse hasta reventar. El Germán Beltrán aceptó de buena gana y bebieron el resto de la noche y de la madrugada. Rieron, contaron chistes, resolvieron ecuaciones y en algún momento don Atanasio Luque sentenció en tono severo:

- Ahora que lo veo con calma, tu Ekeko me parece extraño y me recuerda a cierta piedra que sólo se encuentra en los lugares más recónditos del altiplano. A una piedra que parece metal y que cuando la gente ve dice: esta piedra parece metal. A una piedra que sirve para moler ají porque

tiene forma de batán y nunca tiene forma distinta y esto no es casualidad, es principio fundamental. Esa piedra es dura como el metal, no se rompe, no revienta, no rueda por los cerros ni recorre los ríos y no se parece a la piedra caliza, por lo cual yo diría que no es tan piedra. Por otro lado, los Ekekos son de estuco y eso lo sabe cualquiera. Los Ekekos no se tallan, no se cincelan, los Ekekos se modelan, se duplican y duplican. Tu Ekeko no es de estuco, es de piedra, pero de una piedra que no parece piedra, de una piedra que parece metal. En resumidas cuentas se diría que tu Ekeko está hecho de un material del que al parecer no está hecho. Y eso me parece extraño, tal es la verdad – unos minutos después ambos se quedaron dormidos sobre la mesa.

Cuando despertó el Germán Beltrán no pudo recordar cómo había llegado a su casa ni cómo se había metido dentro su cama. Pero no bien abrió los ojos volvió a sentir aquella náusea que lo había mortificado durante tanto tiempo y notó que en nada había disminuido. Tragó saliva, abrió la puerta cerrada con llave y trancada con cuña y con el alma en un hilo entró al estudio. Sobre la mesa que le servía de escritorio estaba el Ekeko y tampoco pudo recordar cómo ni en qué momento lo había puesto ahí. Su monstruo también estaba y lo notó más flaco, como decaído, pero aún así éste lo saludó con cortesía:

- Germán Beltrán, tengo hambre – dijo, y el Germán Beltrán no le respondió y le dio la espalda.

- Germán Beltrán, tengo hambre – continuó – hace días que no me das sobras y ya no aguanto. Yo necesito sobras porque no soy sombra, porque no soy aparición. Soy monstruo y me da hambre. Soy tu monstruo y me da hambre – y el Germán Beltrán salió tan rápido como pudo, cerró la puerta con llave y la trancó con cuña, se sentó sobre la cama y miró sus rodillas.

Los días pasaron repugnantes y aterradores y el Germán Beltrán cayó en tal estado de desesperación que dejó de comer y de dormir. Enflaqueció notoriamente pero, como ya tampoco

salía, no había nadie para notarlo. Todo el día y toda la noche miraba la puerta y esperaba quién sabe qué, con la garganta hecha un nudo.

- Germán Beltrán, tengo hambre - repetía su monstruo todo el tiempo y una mañana dijo:

- Germán Beltrán, tengo hambre, hace días que no me das sobras y ya no aguanto. Si no me das sobras me voy a comer tus libros – el Germán Beltrán no respondió y su monstruo se comió sus libros.

Tras esto, su monstruo dejó de molestar un tiempo y el Germán Beltrán ganó coraje para salir a la tienda, y se compró pan y se compró azúcar. Sintió la presencia de su monstruo en la calle y notó que aquella especie de musgo casi negro, que no era sino una mancha inexplicable, como viva, como animal, se había extendido ya por las otras casas, las calles y las plazas, y parecía abarcar toda la ciudad. Al volver comió un poco e intentó dormir, pero no pudo y se recostó en el piso. Esa noche unos ruidos extraños, como cuchicheos, empezaron a salir del estudio y lo sorprendieron y le hicieron sospechar alguna cosa que no sabía qué. El Germán Beltrán pudo reconocer entre ellos la voz de su monstruo y una risa que no le sonaba familiar, pero que sí le sonaba a risa de Ekeko.

Unos días después su monstruo volvió a repetir:

- Germán Beltrán, tengo hambre – y al Germán Beltrán le dieron ganas de llorar, pero su monstruo continuó inmisericorde.

- Germán Beltrán, tengo hambre, hace días que no me quedan libros y ya no aguanto más, si no me das comida me voy a comer el estuco de la pared de tu estudio y luego me voy a comer a tu Ekeko – el Germán Beltrán no respondió y su monstruo se comió el estuco de la pared de su estudio. Y nuevamente cesaron las quejas, pero los ruidos y las risas no.

El Germán Beltrán volvió a salir a la tienda, para comprarse pan y para comprarse azúcar. Cuando volvió comió tan rápido como pudo y buscó su martillo. La situación se tornaba desesperante y los ruidos estaban a punto de enloquecerlo, así que tapió la puerta del estudio. Luego arrancó el tablado de su cuarto y decidió tapiar también la puerta y la ventana que daban hacia las gradas. Después se tiró al piso, decidido a dejarse morir.

Pero una mañana los ruidos cesaron por completo y el Germán Beltrán se levantó del piso tras un esfuerzo sobrehumano. Estremecido se acercó a la puerta del estudio, apoyó la oreja, pero no escuchó nada y tal era la intensidad de aquel silencio que creyó extrañar los ruidos que lo habían mortificado durante tanto tiempo. A duras penas consiguió desatascarla y al hacerlo notó sorprendido que no estaba su monstruo y que tampoco estaba el Ekeko. Y vio que tampoco estaban los libros y que tampoco estaba el estuco de la pared. Luego notó que aquella especie de musgo casi negro que no era sino una mancha inexplicable, como viva, como animal, había desaparecido del mismo modo.

Apenas desmontó el tablado de la puerta y la ventana que daban a las gradas, y salió a la calle con pasos pesados. La luz del sol le dañó los ojos y él se los cubrió con la mano derecha. Notó que la presencia de su monstruo había desaparecido también de las otras casas, las calles y las plazas. Se rió con una risa entrecortada y grave, como un retrasado, como un loco y la gente se quedó mirándolo espantada, pero a él no le importó. Por fin todo había terminado.

El Germán Beltrán volvió a sus antigüedades, sus tablas de conversión de logaritmos y sus transportadores, y se olvidó de que en algún momento había tenido un monstruo, y cuando don Atanasio Luque le preguntó acerca del hecho sólo atinó a encogerse de hombros sin saber qué responder. Hasta que un día al mirarse al espejo notó que su reflejo era distinto. Que si bien tenía los mismos ojos y los mismos labios, la misma nariz y la misma boca, era distinto. Luego miró sus

manos y también las notó extrañas, eran iguales pero no eran las mismas. Preocupado se fue a La Pinche Pancha para hablar con don Atanasio Luque, pero éste no lo reconoció. El Germán Beltrán se frotó la cara con ambas manos y ya no supo qué pensar. En la calle nadie parecía percatarse de su presencia y lo empujaban al caminar y se chocaban con él. En la tienda no le hicieron caso cuando quiso comprar pan y azúcar, y ni siquiera sus cerillos se encendieron cuando quiso fumar.

Durante los siguientes días su nombre empezó a desaparecer de todos los lugares donde había figurado y un día cualquiera desapareció por completo.

FIN